

UNA MIRADA DESDE CHINA

Por David Nájera¹

Se acerca el Año Nuevo Lunar, la festividad social más relevante en buena parte de Asia. Los banquetes se multiplican y sobre la alegría pende el inminente relevo en la Presidencia china; si bien ya se dio el cambio en el liderazgo del Partido Comunista que es el que más cuenta y el que perfila el carácter político del nuevo líder.



Ahora los cambios se observan hasta en la reducción del número de platillos en los eventos públicos. Ante la mirada de la sociedad la medida es lo de hoy.

MEJORAR LOS NIVELES DE VIDA.

El relevo generacional del poder en China sigue su marcha triunfal, hacen ya varias semanas en las que los anteriormente omnipresentes Hu & Wen (los actuales Presidente y Primer Ministro) no están ni en las primeras planas saludando graciosamente a mandatarios extranjeros, ni llenando los espacios electrónicos con sus sugerencias, instrucciones y declaraciones. El espacio cambia de contenido y con aplomo Xi Jinping declara ya de todo y pronto lo harán los nuevos líderes, todos en un concierto ensayado por varios años y puesto en práctica en los meses que van del 18 Congreso del PC el otoño pasado a la elección de los nuevos mandatarios.

¹ El autor es Cónsul General de México en Guangzhou, China.



Lo que confirma en estos meses “de transición” es que el poder real se ejerce desde el Comité central del PC y que las figuras administrativas son, bueno, eso mismo, figuras y gestoras públicas de la voluntad política concentrada en el Comité.

¿Es Xi de carne y hueso? Esa es una pregunta que uno se hace desde la visión occidental; la respuesta es pues sí... y no. Xi es un símbolo de la concentración del Poder, un gestor y un fiel de la balanza de la intriga palaciega y del equilibrio entre grupos; es un político sagaz que busca imprimir su estilo personal a su gestión y conducir bajo esa orientación los años por venir, los difíciles años de la adolescencia de la China que crece, un líder pues.

Pero, al mismo tiempo es la encarnación de los sueños, de las esperanzas, de los reclamos, de los rezagos, del futuro y del reto de crecer sin desmembrarse, del dar gusto a muchos, de aplicar medicinas amargas, de encarnar al Emperador a la vez que al guía que la nación espera, en el que se deposita el destino, al que se concede la solidaridad y el sacrificio grupal. Un líder, ciertamente, pero tanto político como anímico.

En una nación sin religión, al menos como credo reconocido, plagada de supersticiones y de creencias populares, la idea fatalista del destino en una persona es intrínseca a su historia, llámese emperador, presidente, director, jefe, líder. Paradójico en un país que siempre ha sido numeroso, impresionante en un sistema que no sigue el modelo democrático occidental. En un entramado de escenarios de asambleas, comités y consejos, los dirigentes chinos aseguran con tranquilidad haber sido elegidos, aunque ello sea entre un grupo de siete electores. Hablan de democracia cuando enumeran docenas de formaciones políticas, una decena de vicepresidentes de asamblea y un voto a mano alzada para dar paso adelante al documento redactado por un equipo técnico sometido a la aprobación pública, previa lectura monótona de sus cuarenta y cinco cuartillas. Espacio para el cuestionamiento hay, durante los tres, cuatro segundos en los que el lector voltea de cabo a rabo para buscar con esperanza

romántica en su mirada si acaso alguno de los presentes tiene alguna duda antes de dar paso a la unanimidad.



Es tal la emoción de la participación que en los recientes trabajos de una de tantas asambleas provinciales, durante una de las sesiones cerradas a ojos extranjeros, pero que las redes sociales compartieron, aparecieron de repente pancartas entre los delegados. Esa participación espontánea fue reflejada como una muestra del avance de la cultura política, de la creciente participación y la confirmación de que una asamblea dirigida es el mejor espacio para encausar las inquietudes sociales. Bueno, finalmente de eso se trata todo el sistema, aquí y en el resto del mundo, que los legisladores canalicen las inquietudes populares y en un diálogo institucional y constructivo busquen entre todos el bienestar para la sociedad.

Que las pancartas expresaran abierto apoyo a las posturas oficiales, que refiriesen con pasión y acaso una lagrima furtiva la emoción que provocan en el respetable las decisiones que desde ya toma el líder en turno no reducen un ápice el avance de la democracia. Que las pancartas sean para pedir mayor mesura, para demandar mayores recortes e insistir en la disciplina no deben de confundirse pues la sabiduría popular solo puede alimentar al corazón de la nación.

Lo que no entiendo es por qué tanto equilibrio en la víspera del Festival de Primavera, del Año Nuevo Lunar, provoca desazón. Acaso como si ese todo no fuese real, como si la retórica, esa sapiencia griega, tornase sina y dominase el discurso político ciertamente pero también la niebla cotidiana de la contaminación en Pekín, del ánimo ciudadano, de las modas y las ofertas. Tal vez como si la gente considerase que el hoy es lo importante y lo que se tiene es lo que cuenta y que el tiempo de sueños y escenarios es una fantasía de difícil factura.

No es monopolio el fatalismo de la sociedad china, incluso parece ser de suyo una característica de la humanidad misma. Como toda celebración de Año Nuevo los parabienes se multiplican, los regalos fluyen y hasta las palmadas abundan, incluso en una sociedad que muy poco se toca. Más, sin embargo, algo flota en el ambiente

ante el relevo en el Poder. Se sabe ya que habrá combate a la corrupción; que las señales simbólicas seguirán siendo parte del lenguaje político; que el cambio generacional alcanza a todos; que tal vez habrá menos tinte en el cabello pero seguirán las sonrisas y palmas extendidas en saludos pretendidamente afectuosos; menos platillos en los banquetes; menos discursos (se intenta mayor contenido y por eso mismo todo indica que mejor será hacer discursos más breves). Pero todos esos son cambios cosméticos; en tanto la economía se frena un poco, el crecimiento depende del exterior, las deudas municipales crecen, demasiados frentes simultáneos.

Una encuesta insiste en que las principales preocupaciones para el desarrollo de China son la corrupción entre funcionarios, la contaminación y la desigualdad en la distribución del ingreso. En tanto que las principales tareas para los siguientes diez años, los mismos que Xi gobernará, son el mejorar los niveles de vida y la construcción de una sociedad rica, el mantener la justicia social y la estabilidad y el desarrollo sostenible y la protección ambiental. No sorprende que los encuestados reporten el programa político del gobierno entrante, como tampoco el que sea una encuesta de Global Times, órgano informativo del PC el que publica tales aspiraciones.

La China que no piensa más que en sí misma, la China autárquica, la China que se cree sus historias; como la de la justicia social con quinientos millones de pobres, como la de la contaminación en invierno, como la del desarrollo sustentable en el páramo del agotamiento de los recursos en un modelo de desarrollo sustentado en la energía fósil y en el consumo sostenido de otros países. Una ecuación difícil y complicada, sin duda y de la que un resultado equilibrado y pacífico es el mejor escenario para el mundo entero.

Lograr el equilibrio reduciendo el número de platillos en los banquetes oficiales se antoja utópico, por ser de alguna forma constructivo en el comentario. Pero en la China de un mil trescientos cincuenta millones de personas es un gran paso que esta misma noche ha prolongado la vida a unos miles de patos y pollos que no fueron parte de la cena. La armonía se mantiene, el Año Lunar se aproxima y eso es lo que esta noche cuenta.